

El brazo alemán

Marisol Alfonso Market

El brazo alemán

septem 
ediciones

El brazo alemán

SEPTEM LITTERA

Primera edición: marzo 2009

© 2009 Marisol Alfonso Market

© de esta edición: Septem Ediciones, S.L., Oviedo, 2009

e-mail: info@septemediciones.com

www.septemediciones.com

Blog: septemediciones.blogspot.com

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Derechos exclusivos reservados para todo el mundo. El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

DISEÑO CUBIERTA Y COMPAGINACIÓN: MeR Studio

GRABADO PORTADA: Antonia Alfonso Market

ISBN: 978-84-92536-09-2

D. L.: M-____-2009

Impreso en España — *Printed in Spain*

*A mi madre y a mis hermanos,
por tantos secretos que hemos guardado.
M.A..*

PRÓLOGO

Todavía vienes a mi mente en sueños. Te recuerdo muy bien, cuando te trajeron a casa por primera vez; eras tan pequeñita que parecía que sólo con cogerte en brazos alguien podría romperte. Tu madre no tenía la suficiente madurez como para cuidarte, y papá y mamá te acogieron en casa como si fueses uno más de nuestros hermanos. Al principio no me acostumbraba a tener un bebé llorando en casa, pero al tiempo, mientras crecías, pensaba que habías sido un regalo que Dios nos había mandado. Eras tan guapa y risueña, que a todos ibas prendando a tu paso. Ya con sólo tres años, te empeñabas en venir conmigo a todos lados, a la playa, al cine, de bares con mis amigos, incluso llegabas a quedarte dormida entre mis brazos vencida por el cansancio. Eras la niña mimada de casa. Todos te queríamos de una forma especial.

Tu carácter cambió cuando, tras la muerte de papá, mis hermanos y yo nos fuimos a estudiar a Madrid. Eso te borró la sonrisa; hacía que lloraras mucho cada vez que nos íbamos en época de estudio. Pero cuando volvíamos a casa en vacaciones, nos esperabas a la puerta con una gran sonrisa que mostraba tus dientes de arroz, y con tus ojos grandes reclamabas ansiosa las sorpresas que siempre te llevábamos. Así fue durante muchos años, hasta que yo me licencié y tú cumpliste apenas once. Un día regresamos y

ya no estabas en casa. Tu padrastro decidió llevarte lejos de nuestro lado y no nos permitió verte hasta que pasaron varios años. Mamá se deprimió muchísimo: nos habían arrebatado lo que más queríamos. Finalmente, apelando lo que de alguna forma por ley nos correspondía, obtuvimos el privilegio de poder visitarte un día al mes. Tú habías crecido: ya no eras la misma. Mostrabas una rebeldía típica de los dieciséis años, y un total desprendimiento hacia los que con tanto cariño te habíamos arropado. No conseguía explicarme el por qué de esa radicalidad, de esa dureza, de esa indiferencia que nos mostraste cuando mes a mes, te íbamos a ver con la mayor ilusión del mundo.

Ahora ya pasas los dieciocho y, sin ataduras judiciales, no hemos vuelto a saber mucho más de ti. A veces, cuando hablo por teléfono con mamá, le pregunto si has llamado. La respuesta es siempre negativa; aunque yo aún conservo la ilusión de que algún día una ráfaga de viento fresco acerque a tu mente un vago pensamiento del gran afecto que de nosotros recibiste y decidas romper esa distancia que tanto nos alejó. Es por eso, que me contento con recordar aquellas tardes en que te lavaba el pelo: aún me viene aquel olor a jabón. Tú te quejabas cuando te lo desenredaba. “Bruta”, me decías. Y nos echábamos a reír.

Hoy he vuelto a soñar contigo. Estábamos tumbadas en la cama, jugando y bromeando como cada noche; tú te inventabas excusas para no apagar la luz. Yo te repetía una y otra vez que debíamos acostarnos y tratar de dormir. Entonces, para convencerte, hacías que te narrase una de esas historias que siempre me inventaba para ti...

A Verónica

1

Ya pasaban veinte minutos de la una. Odiaba esperar. Había llegado a la consulta del dentista quince minutos antes de lo previsto. Era mi primera visita y no sabía cuánto tiempo tendría que esperar. En cuanto me fijé en el cartel de la pared, mis especulaciones acabaron por desvanecerse: “Les recordamos que la hora de su cita es orientativa. Resulta inevitable que en algunas situaciones se produzca demora. Esperamos que sepan disculparnos, sabiendo que cuando usted sea atendido dispondrá de todo el tiempo necesario para su caso. Firmado: la dirección del centro”.

—Vaya —pensé— me pasaré aquí el resto la mañana.

Resultaba un tanto agobiante aquella habitación amarilla de apenas nueve metros cuadrados, donde tres personas esperábamos a que nos llegase el turno de intervención. No me interesé en leer ninguna revista, porque sabía que sólo podría concentrarme en el entorno que me rodeaba, ya que era la forma más común que utilizaba para aliviar los momentos de espera.

Me consideraba una persona fuera de lo convencional, debido en gran medida al talante que derivaba de mi extraña ocupación. Ya hacía casi cuatro años y medio que desarrollaba mi labor profesional en el laboratorio de toxicología del Instituto Anatómico